

# Lamentables andanzas burocráticas del autor de "La antigüedad del hombre en el Plata"

Por Federico QUEVEDO HIJOSA

"En mis gestiones para obtener un edificio para el Museo Nacional de Historia Natural, he subido y bajado las escaleras de los ministerios, de los domicilios de los ministros, congresales y particulares, miles de veces, mendigando, porque esta es la palabra, ya la acción de ministros en favor del establecimiento, ya los votos en el Congreso, ya una moción de preferencia, etc. Cientos de personas pueden dar fe de lo que digo." —

FLORENTINO AMEGHINO.

**E**L genial paleontólogo lujanense, a quien días atrás se hiciera justicia recordando su vida y su obra en el acto público realizado en el Museo Nacional de Historia Natural, murió desalentado por la esterilidad de sus últimos esfuerzos. Diez años, arrebatados a la plenitud de su existencia, dedicó el doctor Florentino Ameghino, desde la fecha en que se hizo cargo de la dirección de ese instituto hasta el momento mismo en que la enfermedad le postró en su "chaise-longue", entre los fósiles acumulados en la trastienda de su librería de La Plata, a gestionar la obtención de un edificio adecuado para las colecciones encajonadas, en su mayor parte, en el vetusto caserón de las calles Alsina y Perú. Ahora se levantan los muros de una construcción monumental, en el Parque del Centenario, con el expresado destino, y es oportuno, como lo ha dicho el profesor Martín Doello Jurado en el discurso del reciente aniversario, los desvelos de aquel insigne investigador científico, puesto a la tarea, para él extraña e ingratisima, de mover expedientes a través del complicado mecanismo de las oficinas públicas.

El trabajador infatigable, que sentíase estimulado en sus exploraciones de la Naturaleza, por los tremendos enigmas, acabó por dejarse abatir por los "pequeños" entorpecimientos que le salían al paso en la administración del Estado. ¡Una década malgastada en andanzas inútiles!

Sonriendo irónicamente, decía: "Lo más grave es que hasta personas ilustradas y de alta representación social, acusan al director de ocuparse demasiado de sus investigaciones científicas, en detrimento de las gestiones en pro de una ubicación conveniente del museo." La verdad era exactamente todo lo contrario. Ameghino, que desde humilde preceptor en Mercedes había llegado a la dirección del museo fundado por Rivadavia hace 105 años, consagró casi la suma de sus energías, que ya declinaban, a las funciones que le estaban encomendadas. Más que nunca su jornada era entonces trabajar a destajo. Leía, corregía pruebas de imprenta, hacía anotaciones rápidas en pedacitos de papel que llevaba en los bolsillos del jaquet, durante el cotidiano viaje entre La Plata y Buenos Aires. "Mi gran culpa — afirmaba en un informe, — y de la cual esumo toda la responsabilidad, es la de haber llenado rápidamente el museo, de haber acumulado allí en pocos años y con escasos recursos quizá tanto material como en el resto del período en que fué creada la institución. Si me hubiera limitado a cobrar mi sueldo, a conservar bajo una forma aparatosa lo que allí había, para servir exclusivamente de recreo a los visitantes, no me encontraría, es seguro, en estas dificultades." Y agregaba: "Mi antecesor, el doctor Carlos Berg, de grata memoria, pasó diez años insistiendo continuamente en la necesidad de instalar el museo con decoro..., y murió sin tener la satisfacción de ver, por lo menos, empezado el nuevo edificio".

En seguida, con un dejo de melancolía, reflexionaba:

"Por mi parte, sigo el mismo camino, y de ir las cosas como van, también bajaré a la tumba sin ver un principio de realización a la única recompensa que tendría en mi vida, cual sería la de ver dignamente instalada la que debería ser la principal institución científica del país, a la que tanto cariño he tomado, y poder entonces trazar los lineamientos de su desarrollo futuro y de su labor eficiente en los grandes problemas científicos que afectan, no sólo a nuestro país, sino también a la humanidad entera."

Fué profeta. El filósofo de "los cuatro infinitos" tuvo el presentimiento del rondar de la Intrusa. No alcanzaría a terminar las breves páginas del "Origen y persistencia de la vida", en que resumía sus doctrinas filogenéticas, conjuntamente con su concepción del Universo, apenas dibujada en "Mi Credo". Tampoco asistiría a la iniciación de los trabajos de albañilería en el Parque del Centenario.

**CERRADO** al público por cambio de local. Este letrero permaneció fijado en las puertas del museo mucho tiempo. Los cajones de libros y huesos obstruían galerías, corredores, escaleras del establecimiento. Las paredes, agrietadas, cubiertas de llaves que las sostenían a duras penas, amenazaban derrumbarse. Un extranjero ilustre había exclamado cierta tarde en presencia de Ameghino: "Esto es un tesoro hundido en el barro." Los pómulos de don Florentino enrojecieron.



Florentino Ameghino

Dibujo de Hohmann

Hubo, sí, una explicación tímida en sus labios. El afanoso indagador de la verdad incurrió en evasivas. "Miles de cajones estaban distribuidos y apilados por todas partes, en los salones altos y bajos, en los altillos, en los entresuelos y bóvedillas, en los patios y vestíbulo, en los galpones, pasadizos y cuanto cuartucho y rincón se había podido utilizar."

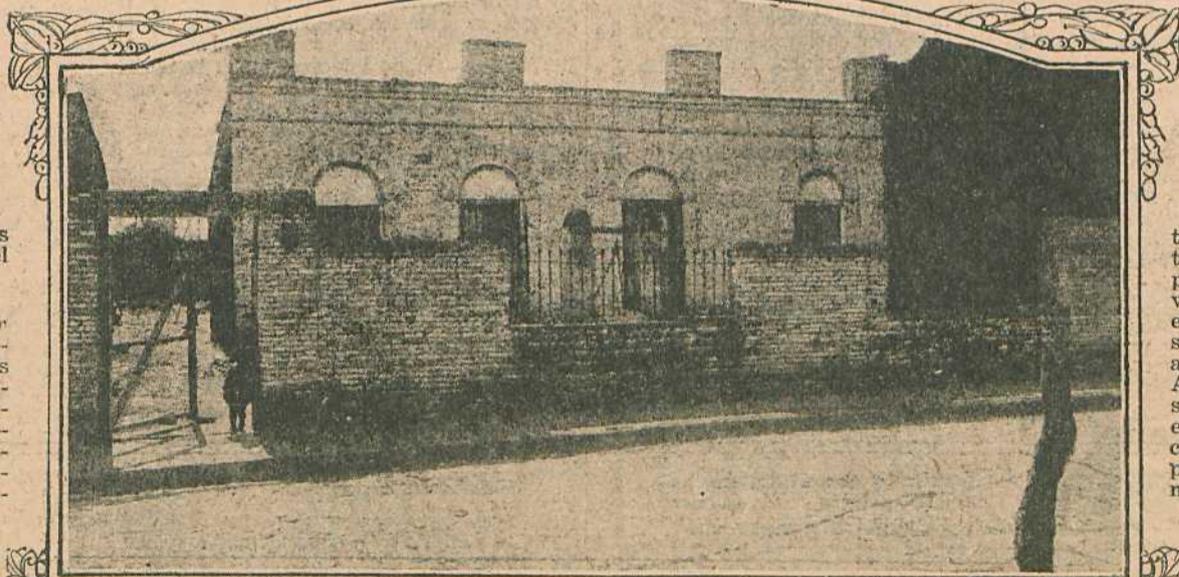
"¿Qué fatalidad, qué hado adverso pesa sobre el museo?", preguntábase el sabio, perplejo, cual lo hubiese hecho el profesor Bergeret. Porque Ameghino, tan enérgico, tan cáustico en la expresión, optó al cabo por encogerse de hombros. Junto a las ruinas del museo, su propia existencia desmoronábase. Quebrantada la fe, perdió los alientos para someterse a los métodos de la ciencia. La lucha "miserable" lo había agotado. Se negó a que los médicos ensayaran en su organismo los heroicos y a menudo salvadores recursos de la cirugía. Tendido en su sillón, en la modesta casita de la Avenida 60, la lapicera continuó firme en su mano hasta los postreros atardeceres.

**A**NTES de cruzarse de brazos, mohino, deseperanzado, el admirable autodidacto cuya vida ejemplar no vale menos que la inmensa contribución a la paleontología que legó a su país y a la humanidad, no abandonó un solo día durante diez años sus gestiones infructuosas, encaminadas a evitar que las colecciones del museo se transformasen en un montón de polvo.

Ningún ministro de instrucción pública atendía el constante clamor de Ameghino. Interésábanse, visitaban el museo, forjaban soluciones, exhortaban al naturalista a no desmayar. Cada uno de ellos, en el transcurso del tiempo, apuntaba una idea, sumaba un esfuerzo. Y, sin embargo...

Primero se pensó en trasladar el museo al Pabellón Argentino. No fué posible. Los ocupantes se opusieron. Exhibíase allí un muestrario industrial. Concibió Ameghino entonces el proyecto de construcción de cuatro o cinco galerías paralelas, de costo reducido. Posteriormente se levantaría un frente común monumental. Se pidieron planos y presupuestos a Milliken Brothers, de Estados Unidos, por intermedio del ingeniero Bredius. Constataría el edificio, todo de hierro, de siete galerías, de unos nueve metros de ancho por ochenta de largo. Presentado el proyecto parcialmente al ministro, doctor Juan R. Fernández, temió éste que resultase un adesio. Solicitaba poco después Ameghino los salones del antiguo local de la Biblioteca Nacional. Llegaba tarde, pues ya se les había dado otro destino. Hizo análoga solicitud al Colegio Nacional Central, y no había espacio disponible. El ingeniero Bredius, nueva propuesta al ministerio, corriendo idéntica suerte. Decidíase el ministro Fernández a resolver definitivamente el problema, cuando el infortunio lo alejó de sus funciones y de este mundo. No terminaron las malandanzas. La Congregación de Lourdes ofreció en venta al gobierno para la instalación del museo un vasto caserón construido para colegio e internado en la calle Pinzón, en Barracas al Norte, al lado de la capilla de Santa Felicitas. Compró Ameghino en una inspección "de visú" que la enmienda sería peor que el soneto. El edificio estaba ubicado en barrio exclusivamente obrero. Así lo declaraba en nota de octubre de 1910. No reunía el caserón las condiciones necesarias. ¿Qué hacer? Un diario indicó la conveniencia de trasladar el museo al Asilo de Mendigos de la Recoleta. Aceptado este temperamento por Ameghino y por el gobierno, ocurrió a la postre, a pesar de haberse celebrado un contrato "ad-referendum" entre el ministro Bibiloni y el intendente municipal don Carlos T. de Alvear, que tampoco pudo cumplirse el propósito perseguido. En 1909 el ministro Naón proponía al director del museo tomar en arrendamiento una casa de la calle Santa Fe, siquiera fuera temporalmente. Ameghino consideró estrecho, inadecuado el local. Y ¿el Asilo de Mendigos? Habíase destinado a hospital de crónicos. La Intendencia ofrecía en compensación los terrenos conocidos por Palermo Chico.

¿Pararon aquí los obstáculos? No. Sucediábase, como los llamaba el sabio, contristado, "las sorpresas desagradables e imprevistas". El ingeniero don Carlos Agote preparó un proyecto que padeció las de Caín en los complicados rodajes burocráticos. La Intendencia Municipal no pudo entregar el mencionado terreno por haberlo arrendado para levantar pabellones de algunas exposiciones del centenario. Y se quedó lindamente con los dos asilos. ¿Se daba por vencido Ameghino? En efecto. Mas no sin redactar extenso informe, en el que consignó circunstanciada y documentadamente la penosa "odisea" de sus gestiones. Era la primera vez que hablaba de "fracaso", él, que todo lo debía a sí mismo, que había sido un luchador formidable contra los misterios de la Naturaleza y los prejuicios de los representantes de la ciencia que en torno suyo lo negaban...



En esta humildísima casa de Luján nació el gran sabio argentino

Foto N. N.